

¿Por qué el Dolor...?

MISCELANEA

“Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran; sintiendo entre vosotros una misma cosa”.

(San Pablo, Rom. 12, 15).



SOCIEDAD SAN JUAN DE DIOS

SOCIEDAD SAN JUAN DE DIOS

¿Por qué el Dolor...?

“Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran; sintiendo entre vosotros una misma cosa”.

(San Pablo, Rom. 12, 15).



TALLERES POLIGRAFICOS "CLARET"
Avenida Diez de Julio 1140
SANTIAGO DE CHILE
1 9 3 9

¡Hermano! Trabaje por estos ideales

Amar a Dios y hacerse amar por El; amar a nuestros prójimos y hacernos amar por ellos; he ahí la MORAL y la RELIGION; en la una y en la otra el amor es todo, fin, principio y medio.

El todo de nuestra Sociedad es el amor al prójimo participando en sus privaciones y sufrimientos.

Hacerse partícipe de sus alegrías es cosa de suyo fácil, pero el participar de sus penas se hace muy cuesta arriba al que no es verdaderamente un cristiano.

Al hacerle esta invitación no nos mueve el interés propio, personal o político, porque ningún interés tenemos en ello, sino solamente el bien general, el de la fraternidad cristiana en nuestra Patria y el advenimiento de la paz y la armonía dentro de la familia chilena.

La indiferencia y el egoísmo en algunos y la repugnancia de otros para practicar el mandato de la caridad y del amor al prójimo, será no obstante, el mayor estímulo para que nosotros lo practiquemos con ardor.

SOCIEDAD SAN JUAN DE DIOS

“Peca el que menosprecia a su prójimo: mas el que tiene misericordia de los pobres, es bienaventurado” (Proverbios 14, 21).

“Y tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? o tú, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Pues todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Romano 15, 10).

“No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos, si no desfallecemos” (Galatas 6, 9).

“Debe saber, que el que hiciere a un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de los pecados” (Santiago 5, 20).



1.—DEL LIBRO DEL GÉNESIS

CAPITULO II

15.—“Tomó, pues el Señor Dios al hombre y púsolo en el Paraíso de delicias, para que le cultivase y guardase.

16.—Dióle también este precepto diciendo: Come si quieres del fruto de todos los árboles del Paraíso;

17.—mas del fruto del árbol de la ciencia, del bien y del mal no comas; porque en cualquier día que comieres de él infaliblemente morirás”.

CAPITULO III

“Era empero la serpiente el animal más astuto de cuantos había hecho el Señor Dios sobre la tierra. Y dijo a la mujer: ¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comiéseis de todos los árboles del Paraíso?

2.—A lo cual respondió la mujer: Del fruto de los árboles que hay en el Paraíso, sí comemos;

3.—mas del fruto de aquél árbol, que está en medio del Paraíso, mandónos Dios que no comiéremos, ni le tocásemos siquiera, para que no muramos.

6.—Vió pues la mujer que el fruto de aquél árbol era bueno para comer, y bello a los ojos y de aspecto deleitable, y cogió del fruto y comióle; dió también de él a su marido, el cual comió.

9.—Entonces el Señor Dios llamó a Adán y díjole: ¿Dónde estás?

15.—Enemistad pondré entre tí (la serpiente) y la mujer y ésta quebrantará tu cabeza.

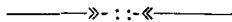
16.—Dijo así mismo a la mujer: Multiplicaré tus trabajos y miserias en tus preñeces; con dolor parirás los hijos y estarás bajo la potestad o mando de tu marido y él te dominará.

17.—Y a Adán le dijo: Por cuanto tú has escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el curso de tu vida.

18.—Espinass y abrojos te producirá...

19.—Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a confundirte con la tierra de que fuiste formado, puesto que polvo eres y a ser polvo tornarás.

23.—Y echóle el Señor Dios del Paraíso de deleites, para que labrase la tierra; de que fué formado.



PROMESA DEL REDENTOR

Anuncio cierto e incontrastable de la redención futura.

Un día nacerá de la mujer (María) un hijo (Jesucristo) que aplastará la cabeza de la serpiente (el pecado).

Adán salió del Paraíso llevando consigo y consolándose, con la promesa que tendrá un Redentor que salvará al género humano de la lucha a muerte entre el demonio y el hombre.

Desde la cuna del mundo, el hombre con su pecado, ofendió la infinita majestad de Dios.

Como la ofensa era a un ser infinito, Dios decretó que la expiación del pecado se haría por la inmolación de una sola víctima sustituida al género humano prevaricador.

Adán recibió la confianza de esto cuando encor-

vado por el peso de la maldición divina sentía la desesperación en su alma.

Consolado con la **promesa del Redentor** le transmitió a su descendencia y se dedicó por todas partes a buscar una víctima pura para pagar su deuda y rescatar su pecado.

Esta es la explicación de los sacrificios sangrientos que llenan la historia de los pueblos; hasta que la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, **Jesucristo**, nacido de mujer, es crucificado como víctima de los pecados de los hombres y redime a la humanidad en la amistad con Dios, abriéndole las puertas del cielo cerradas por el pecado de Adán y dejando en la tierra hasta el fin de los tiempos, su Religión y su Iglesia con los Sacramentos para que por medio de ellos obtengamos la vida eterna; porque fuera de la Iglesia Católica no hay salvación posible para nuestra alma.

En la Misa se recuerda el Sacrificio de la Redención. Vaya a Misa a su Parroquia e inscribese en la Acción Católica.



2.—SALMOS DE PENITENCIA DEL REY DAVID

“A Tí, oh Señor, he levantado mi espíritu.

En Tí, oh Dios mío, tengo puesta mi confianza: no quedaré confundido.

Encamíname según tu verdad, e instrúyeme; pues Tú eres el Dios salvador mío, y te estoy esperando todo el día.

Vuelve, Señor, hacia mí tu vista y ten de mí compasión porque me veo solo y pobre.

Mira mi humillación y mi trabajo y perdona todos mis pecados.

Apíadate de mí, oh Señor, porque me veo atribulado. Mi vista, mi espíritu, mis entrañas se han conurbado con el pesar, pues de puro dolor se va consumiendo mi vida y mis años con tanto gemir.

Derrama sobre tu siervo la luz de tu rostro: sálvame por tu misericordia.

Gustad y ved cuán suave es el Señor: bienaventurado el hombre que en él confia.

Los ricos padecieron necesidades y hambre; pero a los que buscan al Señor no les faltará bien alguno.

Huye del mal y obra el bien; busca la paz y empéñate en alcanzarla.

El Señor tiene fijos sus ojos sobre los justos y atentos sus oídos a las plegarias que le hacen.

El Señor está al lado de los que tienen el corazón atribulado; y él salvará a los humildes de espíritu.

Bienaventurados todos aquellos que temen al Señor, que andan por sus santos caminos.

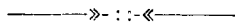
Hazme sentir cuanto antes tu misericordia, pues en Tí he puesto mi esperanza. Muéstrame el camino que debo seguir ya que hacia Tí he levantado mi corazón.

Enséñame a cumplir tu voluntad, pues Tú eres mi Dios y a mi alma sacarás de la tribulación.

El Señor es quien ampara a los humildes y abate hasta el suelo a los soberbios pecadores.

Pronto está el Señor para todos los que le invocan, para cuantos le invocan de veras.

Cantará mi boca las alabanzas del Señor: bendigan todos los mortales su santo nombre en este siglo presente y por toda la eternidad”.



3.—PENITENCIA

La penitencia desarma a Dios por más irritado que esté y trae la prosperidad y la calma.

Dios quiere nuestra conversión sincera, un dolor interior con corazón contrito y humillado; quiere la conversión del corazón del hombre y la reforma de sus costumbres.

Esto es lo que Dios quiere, esto es lo que Dios aprecia y cuanto más ocultáremos a los hombres nuestras penitencias, tanto más pública y gloriosa será a la muer-

te en el juicio de nuestras obras, nuestra recompensa.

El apostolado del dolor es el más necesario, especialmente en nuestros días.

No basta llorar por los pecados, sino que es necesario comunicar también a otros corazones este espíritu de compunción que es el único que puede salvar al mundo de los males gravísimos que le oprimen y de otros peores que le amenazan.

“; Señor, castigame en esta vida y no reservéis mi castigo para el día de vuestra cólera” (Salmo 6).

“Bienaventurados aquellos, cuyas maldades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos” (Romano, 4, 7).



4.—**ACEPTACION DE LA MUERTE**

Preciosa indulgencia plenaria, concedida por Su Santidad Pío X, que ganarán en la hora de la muerte los que rezaren la siguiente plegaria:

“Señor, Dios mío, desde hoy acepto de vuestra mano con ánimo gustoso y tranquilo, cualquier género de muerte que os pluguere darme, con todas sus angustias, penas y dolores”.

9 de Marzo de 1904



5.—**“VENID A MI TODOS LOS QUE SUFRIS Y ESTAIS OPRIMIDOS BAJO EL PESO DEL DOLOR, Y YO OS ALIVIARE”** (Nuestro Señor Jesucristo)

“Almas que sufrís el peso del trabajo y el dolor, que somos todos, venid a Jesús y El os aliviará...”

Corazones heridos por las espinas del sufrir, buscad en el cielo y no en la tierra un eco y un consuelo a vuestros ayes y lamentos... Volved a Dios vuestros ojos llorosos, hombres de negocio, alejados de Dios, que combatidos hoy por los reveses de la fortuna, piensan ahora

en lo que nunca habían pensado, en el negocio eterno de sus almas...

Volved a Dios, damas de nuestra sociedad que envueltas ayer en el fastuoso lujo del gran mundo y habiendo perdido al ser más querido de su vida, hoy no en el mundo sino en Dios encuentran la resignación de su viudez y el consuelo de sus lágrimas... **Volved a Dios**, niñas que encantadas ayer del placer, de la moda y del amor y viendo tronchadas la flor de sus ensueños y deshecho el castillo de sus ilusiones, han resuelto vivir e inmolarse en las aras del Apostolado o en la Paz solitaria de un claustro... **Volved a Dios**, jóvenes profesionales, únicamente preocupados de su medicina o de sus leyes y completamente apartados de la Iglesia, que habiendo perdido a su padre o a su madre en hora trágica e inesperada se acuerdan ahora de los días piadosos del hogar y del colegio, doblan sus rodillas en el Confesionario y en el Comulgatorio, y con voz entrecortada por la pena, piden al Señor paz y clemencia con estas plegarias aprendidas cuando niños: “Padre Nuestro que estás en los cielos...” “Creo en Dios Padre...” “Yo, pecador me confieso a Dios...” “Dios te salve María...”

M. U. O.

“Aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace, tiene pecado”. (Ap. Santiago 17).

—————»-::-«—————

“Fijaos bien en los acontecimientos que se desarrollan y no perdáis de vista, que en medio del constante fermento de codicias populares, la franca y constante virtud de las clases altas es uno de los más necesarios medios de defensa”.

Mons. Miguel León Prado

—————»-::-«—————

6.—EL DOLOR Y EL PLACER

“Para que el desastre de la humanidad (por el primer pecado) pudiera tener remedio, era necesario que Dios se acercara al hombre de alguna manera, volviéndosele a unir, aunque imperfectamente, con misericordiosa lazada. La pena fué el nuevo vínculo de unión entre el Creador y la creatura, y en ella se juntaron misteriosamente la misericordia y la justicia: la misericordia, porque es vínculo; la justicia, porque es pena.

Quitando a los padecimientos y a los dolores lo que tienen de pena, no se les quita sólo lo que tienen de lazada entre el Creador y la creatura, sino que se les quita también lo que en su acción sobre el hombre tienen de expiatorio y de purificante. Si el dolor no fuera una pena, sería un mal sin mezcla de bien alguno; pero si es una **pena**, el dolor, que es un mal desde el punto de vista de su origen que es el pecado, es un gran bien desde el punto de vista de la purificación de los pecadores. La universalidad del pecado es causa necesitante de la universalidad de la purificación, la cual a su vez exige que el dolor sea universal, para que todo el género humano se purifique en sus misteriosas aguas. Esto sirve para explicar por qué padecen todos los nacidos, hasta que mueren desde que nacen. El dolor es compañero inseparable de la vida en este valle oscuro, lleno de nuestros sollozos, ensordecido con nuestros lamentos, y humedecido con nuestras lágrimas.

Todo hombre es un ser doliente; si pone los ojos en lo pasado, siente pesar al verlo desvanecido, si los pone en lo presente, siente congoja porque lo pasado fué mejor; si los pone en lo venidero, siente turbación porque lo venidero todo es misterio y sombras. Por poco que considere, advierte que lo pasado, lo presente y lo venidero es todo, y que el todo no es nada; lo pasado ya pasó, lo presente va pasando, lo venidero no es.

Los menesterosos van cargados de fatigas, los abatidos padecen harturas, los potentes soberbias, los

ociosos tedio, envidias los bajos, los altos, desdenes. Los conquistadores, que van empujando a las gentes, van empujados por las furias, y no atropellan a los otros sino porque van huyendo de sí mismos.

La lujuria consume con sus impúdicos ardores la juventud; la ambición toma al joven, hecho hombre, de manos de la lujuria y le abrasa con otras llamas y le mete en otras hogueras; la avaricia le coge cuando la lujuria no le quiere y cuando la ambición le abandona.

Pasea toda la tierra en ancho y en largo, vuelve los ojos atrás, tiéndelos adelante, devora los espacios y recorre los tiempos, y ninguna otra cosa hallarás en los dominios de los hombres sino esto que ves aquí: un dolor que no remite y una lamentación que nunca acaba.

Y ese dolor, aceptado voluntariamente, es la medida de toda grandeza; **porque no hay grandeza sin sacrificio**; y el sacrificio no es otra cosa sino el dolor voluntariamente aceptado. Los que el mundo llama héroes, son aquellos que, siendo traspasados por un cuchillo de dolor, aceptaron voluntariamente el dolor con su cuchillo. Los que la Iglesia llama Santos, son aquellos que aceptaron todos los dolores, los del espíritu y lo de la carne juntamente. Santos son los que estrechados por la avaricia dieron de mano a todos los tesoros del mundo; los que solicitados por la gula fueron sobrios; los que combatidos por la lujuria vencieron santamente en el combate y fueron castos; los que se levantaron tan altos por la humildad que vencieron su soberbia; los que dieron en tierra con la ambición que los levantaba a las nubes; los que enamorados de sí, renunciaron a su propio amor por el amor de los otros, ofreciendo por ellos su vida con heroico desprendimiento en perfectísimo holocausto.

El género humano ha sido unánime en reconocer una virtud santificante en el dolor. Por esta razón se observa que en todos los tiempos, en todas las zonas y entre todas las gentes **el hombre ha rendido culto y homenaje a los grandes infortunios**. Edipo es más grande en el día de su infortunio que en el de su gloria; el mundo ignoraría su nombre si el rayo de la cólera divina no

le hubiera derrocado de su trono. Mitrídates nos parece más grande que Pompeyo, y Aníbal más grande que Escipión. Sócrates es menos grande por la vida que vivió, que por la muerte que le dieron: la inmortalidad no le viene de haber sabido vivir, sino de haber muerto heroicamente: él debe menos a su filosofía que a la cicuta. El género humano se hubiera indignado contra Roma, si hubiera permitido a César morir como los demás hombres mueren. Su gloria era tan grande que merecía ser coronado con un gran infortunio. Morir tranquilamente en su lecho, investido con la potestad soberana, es cosa permitida a Cromwel. Napoleón debió morir de otra manera: debió morir vencido en Waterloo, proscrito por la Europa; debió ser puesto en un sepulcro fabricado por Dios para él desde el principio de los tiempos: un ancho foso debía separarlo del mundo, y en ese foso anchísimo debía caber el Océano.

El dolor pone una cierta manera de **igualdad entre todos los que padecen**, lo cual es ponerla en todos los hombres, porque padecen todos. **Por el gozar nos separamos; por el padecer nos unimos**, con vínculos fraternales. El dolor nos quita lo que nos sobra, y nos da lo que nos falta, poniendo en el hombre un perfectísimo equilibrio: el soberbio no padece sin perder algo de su soberbia, ni el ambicioso sin perder algo de su ambición, ni el colérico sin perder algo de sus iras, ni el lujurioso sin perder algo de su lujuria. **El dolor es soberano para apagar los incendios de las pasiones**. Al propio tiempo que nos daña, nos da lo que nos ennoblece: el duro no padece nunca sin sentirse más inclinado a compasión, ni el altivo sin encontrarse más humilde, ni el voluptuoso sin hacerse más casto: el violento se amansa, el flaco se fortalece. **Ninguno sale peor que entró de esa gran fragua de los dolores**; los más salen de ella con altísimas virtudes que nunca antes conocieron: quién entró impío y sale religioso; quién avaro y sale limosnero; quién empedernido y sale misericordioso.

En el dolor hay un no se qué de fortificante y de viril y de profundo, que es origen de toda heroicidad y de toda grandeza; ninguno ha sentido su misterioso

contacto sin crecerse; el niño adquiere con el dolor la virilidad de los mozos, los mozos la madurez y gravedad de los hombres, los hombres la fortaleza de los héroes, los héroes la santidad de los santos.

Por el contrario, el que deja los dolores por los deleites, luego al punto comienza a descender. Desde la cumbre de la santidad se derriba hasta el abismo del pecado, desde la gloria va a la infamia. Su heroísmo se convierte en flaqueza: con el hábito de ceder, pierde hasta la memoria del esfuerzo; con el de caer, pierde hasta la facultad de levantarse.

Con el deleite pierden su vitalidad y su energía todas las potencias del alma y su elasticidad y fortaleza todos los músculos del cuerpo. En el deleite hay un no sé qué de corrosivo y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ay del que no resiste a su voz, pérfida a un mismo tiempo y suave, como la de las antiguas sirenas! ¡Ay del que no retrocede y huye des-pavorido, cuando le convida con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica a los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias.

Cuando esto sucede, o sucumbe miserablemente, o sale de allí de todo punto transformado... El hombre deja allí como en despojos la pujanza de su voluntad, la virilidad de su entendimiento, y el instinto de las grandes cosas. Cínicamente egoísta y extravagantemente cruel, siente hervir en su sangre pasiones que no tienen nombre: si le ponéis en lugar humilde, irá a caer de las manos de la justicia a las manos del verdugo; si en lugar eminente, os estremeceréis de terror al verle soltar las riendas a sus apetitos voraces y a sus instintos feroces.

Cuando Dios quiere castigar a los pueblos por sus pecados, los pone sujetos con cadenas a los pies de los hombres voluptuosos. Embotados sus sentidos con el opio de los deleites, ninguna otra cosa es poderosa para sacarlos de su estúpido entumecimiento sino el vapor de la sangre. Todos eran voluptuosos y afeminados aque-

los monstruos calenturientos que los pretorianos saludaban en la Roma imperial con título de Emperadores.

Hay, pues algo de maléfico y de corrosivo en el deleite, como **hay algo en el dolor de purificante y de divino**. No vaya a creerse, empero, que estas cosas, por ser contrarias entre sí, no van en cierta manera juntas; porque así como sucede que el que acepta libremente el dolor, siente en sí cierto deleite espiritual que fortifica y levanta, del mismo modo el que se pone en manos de los deleites, siente en sí cierto dolor que en vez de fortalecer enerva y deprime. El dolor es aquella pena universal a que por el pecado quedamos todos sujetos; a donde quiera que tienda su vista o endurece sus pasos, el hombre se encuentra con el dolor, estatua muda y llorosa que siempre tiene delante.

El dolor tiene de común con la divinidad, que es para nosotros a manera de círculo que nos contiene. A él vamos igualmente cuando gravitamos hacia el centro, y cuando corremos hacia la circunsferencia. Y correr y gravitar hacia él, es correr y gravitar hacia Dios, hacia el cual corremos con todos nuestros pasos y gravitamos con todos nuestros movimientos.

La diferencia está en que por unos dolores vamos al Dios bueno y elemente, por otros al Dios justo y airado, por otros al Dios del perdón y de las misericordias. Por el deleite vamos al dolor que es pena, y **por la resignación y el sacrificio, al dolor que es medicina**. Pues ¿qué locura es la de los hijos de Adán, que no pudiendo huír del dolor, huyen del que es medicina para caer en el que pena?

Por lo dicho se vé cuán maravilloso es Dios en todos sus designios, y cuán admirable en aquel arte divino que consiste en sacar el bien del mal, el orden del desorden, y todas las armonías de todas las disonancias. De la libertad humana precede la disonancia del pecado, del pecado la degradación de la especie, **de la degradación de la especie procede el dolor**, y el dolor es a un tiempo mismo una desgracia en la especie corrompida, y una **pena** en la especie pecadora: lo que tiene de desgracia, eso mismo tiene de inevitable; lo que tiene

de pena, eso mismo tiene de redimible: estando la gracia en la Redención, la gracia está en la pena.

El acto más tremendo de la justicia de Dios viene a ser de este modo el acto más grande de su misericordia; por él puede el hombre, ayudado de Dios, **levantarse sobre sí mismo, aceptando el dolor con una aceptación voluntaria**; y esa aceptación sublime cambia instantáneamente la pena en una medicina de una virtud incomparable.

Toda negación de esta doctrina deja en pie el desorden introducido en la humanidad por el pecado...

Esta cuestión interesa de una manera directa y fundamental al orden especial puesto por Dios en los varios elementos que componen la naturaleza humana. La aceptación del dolor no produce aquellos grandes prodigios de que hablamos, sino porque **tiene la prodigiosa virtud de cambiar toda la economía de nuestro ser radicalmente**. Por ella queda domada la rebelión de la carne, la cual vuelve a someterse a la voluntad; por ella queda vencida la voluntad orgullosa, la cual vuelve a someterse al yugo del entendimiento; por ella se suprime la rebeldía del entendimiento, el cual se sujeta al imperio de los deberes: **por el cumplimiento del deber vuelve el hombre al culto y a la obediencia de Dios, de que se apartó por el pecado**. Todos estos prodigios obra el que, revolviéndose heroicamente contra sí mismo con un ímpetu generoso, hace fuerza a su carne para que se sujete a su voluntad, y a su voluntad para que se sujete a su entendimiento, y a su entendimiento para que entienda en Dios y por Dios, unido a Dios por el vínculo de los deberes.

Sin ese levantamiento por parte de la voluntad, manifestado en la aceptación voluntaria del dolor, no puede ser restaurada aquella soberana armonía y aquel concierto prodigioso que puso Dios en el hombre y en todas sus potencias”.

Donoso Cortés

7.—¿POR QUE EL DOLOR?

¿Por qué el Dolor? He aquí la primera queja del alma herida por la enfermedad, abrumada por la muerte de un padre, de una madre, de un hijo; el hombre no lanza sino una queja: ¿Por qué?... Enmudece. Queda fija su mirada. Diríase que trata de leer en el abismo en donde sepultó su dicha. Luego, de vez en cuando, levanta la cabeza, mira suplicante a sus amigos y repite la misma frase, porque el dolor no tiene más que una: ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¡Oh! decídme ¿por qué?...

...Si existe en alguna parte un poder capaz de dar consuelo, que ponga tiernamente su mano sobre la cabeza de los que sufren y murmuren a su oído alguna de esas palabras que ni aún la amistad acierta a decir. Si es capaz, responda a eso por qué del Dolor, para los cuales no existe respuesta en la tierra, ni aún en el corazón de aquellos que mejor aman.

¿Por qué el Dolor? ¿Por qué el Dolor, existiendo un Dios tan bueno?... Se lo preguntaba yo a un anciano; y jamás olvidaré el acento con que me respondió: "Pues, hijo mío, precisamente porque es bueno"... Sentí tentaciones de indignarme. Hoy ya no me sublevo, y digo: Es posible...

Mons. Bougaud



8.—EL PRECIO DE LAS LAGRIMAS

Dante definía al pueblo cristiano como "el pueblo que canta en medio de las lágrimas".

Víctor Hugo, en Hernani, hablaba de "estas lágrimas amargas y llenas de encanto".

Perraud, en su estatua de la "Desesperación", del Museo del Louvre, colocó esta inscripción: ¡No hay más que las lágrimas que duran en el mundo!

Lacordaire: "Desde hace seis mil años, así como cae del cielo cierta cantidad de agua por año, así cae del corazón del hombre cierta cantidad de lágrimas. El hombre todo ha ensayado para escapar a esta ley; ha pa-

sado por diferentes estados, desde la extrema barbarie hasta la extrema civilización; ha vivido bajo los cetros de toda forma y peso; más siempre ha llorado, y si leemos la historia atentamente, veremos que su primera palabra es el Dolor”...

“Hay lágrimas en todo el universo, y nos son tan naturales que, aunque no tuviesen causa, correrían por el solo encanto de esta indefinible tristeza que hay en nuestra alma, como en un pozo profundo y misterioso”...

“Si Dios parece no ocuparse sino en darnos ocasiones de llorar, es porque las lágrimas nos alejan de las ilusiones del mundo, haciéndonos entrar en el deber”...

“La religión es una madre. Se la deja al primer éxito; nos espera a la primera lágrima... Cuando se ha llorado, se cree”.

Benditas lágrimas que hicieron decir a **Tertuliano** que “Dios, no teniendo en el cielo la posibilidad de las lágrimas, descendió a la tierra para llorar”.

Chateaubriand, después de la muerte de su madre, exclamaba: “Lloré y creí”.

Lord Byron: “El hombre es un péndulo que oscila entre una lágrima y un suspiro”...

P. Gratry, en su Filosofía del Credo, dice: “Llorad... y en la primera lágrima encontraréis a Dios”...

Alfredo de Musset: “El solo bien que me quedó en el mundo, es el de haber llorado alguna vez”.

—Un hombre puede ver más lejos a través de una lágrima, que a través de un telescopio.

“¡Qué hay más infinito que el cielo con sus estrellas, el mar con sus aguas y el corazón con sus lágrimas!...”—(**Rouzié**).

“Todas las lágrimas de los hombres no son bellas, escribió **Ernest Psichart**, en su **Viaje del Centurión**. Las lágrimas que son bellas, ¡oh, viajero! son las lágrimas de la Esperanza. Mira a este hombre que suspira junto a Dios. El también está inquieto, pero de la perfección; él también gime, pero de su destierro. El también lleva su pena, pero es de no poder alcanzar la plenitud de la Belleza Interior. Así su vida es como el brote per-

petuo de la savia en el grano que se multiplica y la gloriosa ascensión de su espíritu hacia el más alto cielo.

Imitación I, XXIII, 9.—“Que vuestros gemidos, vuestras lágrimas, vuestras plegarias suban cada día al cielo, a fin de que vuestra alma, después de la muerte, merezca pasar dichosamente a Dios”.



9.—EL DOLOR NOS ASEMEJA A CRISTO

El sufrimiento cristiano nos hace asemejarnos rasgo por rasgo a Jesucristo.

Aquellos a quienes el Cristo Redentor reconoce, aquellos a quienes ama y hace reposar sobre su corazón son aquellos que ve con El bajo los azotes de la flagelación, clavados en la cruz, torturados en el calvario, aquellos que los dolores humanos han hecho sus compañeros y sus hermanos. ¡Ah! qué poco pensamos en esos momentos de sufrimiento, en esta magnífica prerrogativa del dolor! Sin embargo, es nuestra más sólida garantía de salvación.

El dolor es un inviolable salvo-conducto. Portador de esta letra de credenciales ¡oh, cristiano! aún culpable, aún pecador, pasarás, atravesarás las líneas enemigas, llegarás con seguridad a tu divina patria. No nos asombremos de esas garantías maravillosas. El dolor es por excelencia la librea real de Jesucristo. Revestido con esta librea presentaos osadamente en el cielo, seréis admitido. Escuchad al Cristo moribundo prometer su gloria eterna a un delincuente que sufre a su lado. “Hoy día estarás conmigo en el Paraíso”. ¿Y ese desgraciado, quién es? Un malvado, a quien el dolor y la gracia acaban de hacer un sauto.

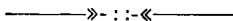
Sabed todos los que sufrís y a quienes el sufrimiento desespera: jamás habéis tenido más valor ante las miradas de vuestro Dios. “Lleváis las heridas de Cristo”, como el valiente lleva el estandarte de la patria. Oh, cristiano, es para tí grande y sublime esta comunidad de dolores con el Hijo de Dios; de ahí te

vendrán tus más opulentas riquezas y tus más excesivos honores. ¿Quiénes son aquellos que el Rey recompensa después de la batalla? ¿Aquellos que, lejos de peligros y de fatigas, se presentan a la Corte con faz sonrosada?... ¡Ah, no! sino los valientes a quienes los dardos enemigos han desfigurado el rostro, que han vertido su sangre y expuesto su vida al lado de su príncipe? Para ellos el triunfo.

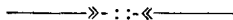
Cuando, pasados los años militantes, Dios los llame, su juicio no será sino la constatación de su valentía y la apoteosis de su valor.

Son los hijos de Dios que vuelven de la gran tribulación, que han lavado su túnica en la sangre del Cordero.

Abate Doublet



“Existen dos maneras de sufrir, decía el Santo Cura de Ars. Sufrir amando y sufrir sin amar. Unos sufren como el buen ladrón y otros como el malo: los dos sufrían igualmente, pero uno de ellos solamente supo hacer sus sufrimientos meritorios”.



Desde el abismo del dolor, repite frase por frase la admirable súplica que Cristo nos ha enseñado: “Padre Nuestro que estás en los cielos”. Y formula estos votos tan bellos y tan grandes: “Santificado sea tu nombre”... “Venga a nos tu reino”... “**Hágase tu voluntad**”..., estas palabras iluminadas como un relámpago, traen un poco de calma. Las lágrimas siguen corriendo, correrán por mucho tiempo, tal vez para siempre; pero un rayo de luz sale a su encuentro: son las lágrimas de aquel que tiene las radiantes esperanzas del cielo.



El hombre sufre porque es pecador. El salmista dice: misteriosamente que el abismo trae al abismo. El abismo del pecado atrae al abismo del dolor. **Toda falta atrae un castigo que será sufrido en este mundo o en el otro.** A fin de podernos perdonar, Dios ha creado y puesto a nuestra disposición, el arrepentimiento.

No ha encontrado nada mejor que el sufrimiento para perfeccionar al hombre sobre la tierra y conducirlo al cielo.

L. Rouzic

—————>:::«—————

10.—RESIGNACION

Cuando la enfermedad, precursora de la muerte, golpeó las puertas de su casa, Federico Ozanam, el magno escritor e incansable apóstol, escribió estas admirables palabras:

“Voy a tí, Señor, si me llamas, y no tengo derecho a quejarme de ello... Que los míos no se escandalicen, si no quieres hacer conmigo el milagro que te piden. Tal vez, Señor, les escucharás de otro modo, dándome ese valor, resignación, paz; esos consuelos inexplicables que acompañan siempre a tu Presencia real... Me dirás el que halle en la enfermedad una fuente de méritos y bendiciones y esas bendiciones las harás recaer sobre mi mujer, mi hija, sobre todos los míos, a quienes mis trabajos quizá habrán servido menos que les servirán mis sufrimientos. Sé que mi mal es grave; que necesitaré mucho tiempo para sanar y que puedo no sanar ya; pero me esfuerzo en abandonarme con amor a la Voluntad de Dios, y digo, QUIERO LO QUE QUIERAS, DIOS MIO, COMO LO QUIERAS; TODO LO QUE QUIERAS; LO QUIERO PORQUE TU LO QUIERES”...

Y cuando ya se acercaba el término fatal, justamente cuando la vida le aparecía más risueña, su pluma y su corazón cristianos trazaron estas líneas que son cántico y plegaria:

“Sé que cumplo hoy cuarenta años, que tengo una mujer joven y amante, una niña encantadora, hermanos bonísimos, una segunda madre, numerosos amigos, una carrera honrada y una labor que se halla precisamente en el punto en que puede servir de fundamento a una obra completa por tantos años acariciada.

Y sin embargo, una enfermedad grave me aqueja; ¿será, pues, necesario dejar todos estos bienes que Vos mismo, Dios mío, me disteis? ¿No os contentaréis con una parte del sacrificio? Aceptaréis el holocausto de mi amor propio literario, de mis ambiciones académicas, de mis proyectos de estudio en los que tal vez se mezclaba más orgullo que celo por la verdad? Si vendiese la mitad de mis libros, dando el importe de ellos a los pobres, si consagrarse el resto de mi vida a cuidar a los desgraciados, me dejaríais, Señor, vivir y envejecer junto a la compañera elegida y acabar la educación de mi hija?

Quizá, Señor, no es esto lo que queréis... es mi propia existencia lo que pedís... soy yo a quien reclamáis; escrito está que debo cumplir la voluntad vuestra y por eso os digo: Dispuesto me tenéis, Señor, héme aquí. Y si estas líneas han de ser las últimas que escribo, que sean el Himno de mi Alma hacia vuestra Bondad”...

Federico Ozanam



11.—PLEGARIA DE PASCAL EN LA ENFERMEDAD

¡Señor! — exclama el célebre Pascal en una larga Oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades — ¡Señor! cuyo espíritu es en todo tan bueno y tan dulce; y que sois tan misericordioso, que no sólo son efectos de vuestra misericordia las prosperidades, sino también las desgracias que acontecen a vuestros escogidos; concededme la gracia de que no me porte como pagano en el estado a que me ha reducido vuestra Justicia; concededme, Señor, que como verdadero cristiano

os reconozca por mi Padre y por mi Dios, en cualquier situación en que me halle... Me habíais dado, Señor, la salud para serviros; pero he hecho de ella un uso del todo profano. Vos ahora me enviáis la enfermedad para corregirme; no permitáis que yo use de ella, de modo que os irrite con mi impaciencia: **He usado mal de la salud; y vos me habéis castigado**... Haced, Dios mío, que yo adore callado la orden de vuestra adorable Providencia; que vuestros azares me consuelen; y que habiendo vivido en tiempo de paz, en la amargura de mis pecados, guste las dulzuras celestiales de vuestra gracia en el tiempo de la prueba"... .

Pascal

“Oh vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí; porque la mano de Dios me ha tocado” (Job 19, 21).

—————»-:-«—————

“Vuélvete arriba, vuélvete abajo, vuélvete fuera, y en todas partes hallarás la Cruz, y es necesario que en todo lugar tengas paciencia si quieres tener paz interior y merecer eterna corona”.

Tomás de Kempis

—————»-:-«—————

12.—HISTORIA DEL HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS

En el propio solar donde hoy se encuentra, con el nombre de aquel gran santo de la caridad que había fallecido en España en la ciudad de Granada, dos años después de su muerte el de 1552, el **Gobernador de Chile don Pedro de Valdivia**, lo fundó bajo la advocación de “**Nuestra Señora del Socorro**” a cuya imagen dió culto en su ermita contigua al Hospital y es la misma que hoy se venera en el altar mayor de la Iglesia de San Francisco.

El Hospital Real, porque fué fundado a nombre del Rey de España, contaba con la capacidad de cincuenta camas y su administración corría de cargo de la Co-

fradía de Nuestra Señora del Socorro, que estaba formada por lo más representativo de la sociedad de aquella época y tenía también en ella intervención el Cabildo de Santiago.

El año 1554 acordó la Cofradía obsequiar la ermita y tres cuadras de terreno a los Padres Franciscanos para que fundaran su convento.

El Hospital poseía por aquel entonces una chacara que desde la Cañada llegaba hasta el Zanjón de la Aguada, una estancia a cinco leguas de la ciudad, una casa entre las calles de Miraflores, Agustinas y Santa Lucía, un molino situado al pie del Santa Lucía (antiguo Huelén) y todo el solar que hoy ocupan la iglesia y convento de San Agustín en la calle del Estado (antes del Rei).

A principios del año 1600 se recibió del Hospital la Congregación de Hermanos de San Juan de Dios, nombrándose Mayordomo al Hermano Juan de Olazaba "sin sueldo alguno y con cargo y obligación de dar cuenta a la justicia seglar".

Establecida la República, el Patronato que sobre el Hospital Real tenía el Rey de España correspondió al Supremo Gobierno que creó una Junta de Beneficencia para su dirección, poniendo término a la administración el Hermano Joaquín Troncoso que en 1828 construyó el templo y cuyo retrato se conserva en el Hospital.

En 1854 el Reverendísimo Arzobispo Valdivieso de acuerdo con el Presidente don Manuel Montt trajo las Hermanas de Caridad, que con toda abnegación continuaban en él.

El año 1643 los Religiosos de San Juan de Dios habían establecido en la Capilla del Hospital la **Cofradía de Nuestra Señora del Carmen** y como se lee en sus libros de 1804 imponían el escapulario y propagaban su devoción entre los enfermos y soldados de la Patria.

Alejados del país los Hermanos de San Juan de Dios, la Cofradía pasó al frente a las Monjas Claras, hoy Biblioteca Nacional, para trasladarse en 1819 al convento de San Agustín de donde en 1887 pasó a la Pa-

rruquia del Sagrario para ser trasladada en 1890 al Templo del Salvador, donde se encuentra actualmente y donde se rinde solemne culto a la **Reina de Chile y Patrona Jurada de su Glorioso Ejército Nuestra Señora del Carmen**, y el pueblo saca su imagen en solemne procesión por las calles el Domingo Tercero del mes de Octubre en gloriosa tradición ciudadana.

Todo el chileno que se precia de serlo, guarda esta tradición de nuestros mayores de honrar públicamente a la Patrona Jurada de Chile y de su glorioso Ejército; concurre a la Procesión, se inscribe en el libro de la Cofradía, **lleva impuesto el Escapulario** y la invoca con la dulce plegaria del Rosario, para que a su vez la Virgen cumpla después con la promesa a sus devotos, de **sacarles del Purgatorio el primer Sábado después de la muerte** y librarles de las penas del Infierno, otorgándoles una muerte cristiana.

“Al que teme al Señor le irá felizmente en sus postrimerías y será bendito en el día de su muerte” (Ecle. I, 13).



13.—**SOCIEDAD DE SAN JUAN DE DIOS**

Para cumplir con la obra de misericordia de “**Visitar a los enfermos**” se fundó para los hospitales de Santiago el año de 1934 por el Illmo. Sr. Arzobispo, la sociedad de laicos, llamada de San Juan de Dios, obra social de acción católica, que ha sido agregada a la Orden Hospitalaria de Roma y hecha partícipe de sus prerrogativas e indulgencias, tanto en la vida como en la muerte, de sus asociados.

Además, por rescripto de Su Santidad Pío XI, con fecha de 10 de Diciembre de 1935, se concedió a sus socios activos y cooperadores valiosas indulgencias y méritos espirituales.

La dirige un Directorio con Presidente para la rama de hombres y Presidenta para la sección de señoras.

Encomendamos a las oraciones de los enfermos y

miembros de ella a los abnegados socios fundadores fallecidos que hasta el último día de su vida cumplieron en los hospitales las obligaciones que se habían impuesto, con ejemplar caridad:

Luis Gregorio Ossa Browne.

Domingo Merri del Val.

Dr. Ricardo Cortés M.

Aurora Donoso D. y

Marta Izquierdo Edwards.

(que en paz descansen).

Los socios continúan en el viejo Hospital de la ciudad, la antigua y cristiana tradición de **visitar, ayudar y consolar a los enfermos**, que en aquella austera y pasada época exhortaban con su ejemplo a practicar, el piadoso **Obispo Fray Gaspar de Villarroel** que visitaba todos los Viernes el Hospital y el erudito y virtuoso jesuíta **Padre Alonso Ovalle**, maestro de la juventud de quien dice la historia, “llevaba todos los Viernes a sus alumnos a visitar y hacer los menesteres a los enfermos del Hospital”.

Dijo el gran Arzobispo Valdivieso, exhortando a los feles a seguir esta práctica: “La compasión con los desgraciados debe manifestarse con obras, porque sólo así ella es una prueba de que la caridad de Cristo permanece en nuestros corazones”.

“Porque así como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también la fe sin las obras es muerta” (Ap. Santiago II, 23).

—————»-::«—————

PLEGARIA DE LOS SOCIOS

¡Oh Verbo Divino! enséñame a ser generoso, a ser-virte como mereces, a dar sin contar lo que doy, a luchar sin preocuparme de mis heridas, a trabajar sin pensar en el descanso, a gastar todas mis fuerzas sin anhelar otra recompensa que la de saber que estoy haciendo tu santa voluntad. Así sea.

—————»-::«—————

14.—“BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS” (San Mateo, Cap. 5, 3)

“BIENAVENTURADOS LOS QUE SUFREN...”, dijo Jesucristo y de hecho vemos que los pobres de espíritu son los que van por el camino del cielo. **Los pobres de espíritu son los que cosechan en el campo del Evangelio**; porque no teniendo amor desordenado a las riquezas, ni a los goces de este mundo, ni a la vanidad, ni a los honores, tienen el corazón abierto al rocío del cielo y su vida se despliega en la imitación de Jesucristo en la práctica de las virtudes, en el amor de Dios sobre todas las cosas y al prójimo, y en la esperanza de los bienes eternos.



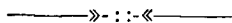
“Nada aprovecharán los tesoros injustamente adquiridos” (Proverbios 10, 20).

“No hay cosa más detestable que un avaro, porque el tal a su misma alma, pone en venta” (Eclés. 10, 10).

“Los hombres serán juzgados no solamente del mal que hicieron, sino también del bien que no hicieron” (S. J. Crisóstomo).

“Y Jesús mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen riqueza!” (San Marcos X, 23).

“¡Perezca contigo tu dinero, porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero!” (Hechos 8, 20).



15.—ABNEGACION Y SACRIFICIO

Entrad en el Hospital: encontraréis allí a una mujer joven; está allí con su inocencia, su abnegación, su pureza. Se le dan los más tiernos nombres: se le llama **Madre, Hermana**; no tiene más que su velo, su modes-

tia y su Rosario. No posee aquí abajo ni casa, ni tierras, ni siquiera el hábito que la cubre, renunciando a su propia voluntad para seguir a su esposo invisible, Jesucristo, desnudo sobre su desnuda Cruz y para poder cultivar a su sombra la hermosa flor de su inocencia y de su pureza.

Mujer, se ha desprendido de todo, aún de su nombre, y se pertenece tan poco que los desgraciados tienen derecho de llamarla hermana; la rodea un respeto y una ternura, ocultos en el respeto jamás superado en el corazón del hombre.

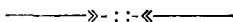
Ocupanse noche y día en los albergues del dolor, gastan su vida en el hospital o en el asilo, donde metiendo en sus brazos aprietan contra su corazón al huérfano; regocijan con la vejez desvalida, tocando con sus manos cariñosas todos los males, todas las llagas, vertiendo torrentes de beneficios en los abismos del dolor y del pecado...

¿Quién conserva para la Patria estas humildes servidoras de la humanidad doliente y las hace vivir como ángeles en una carne semejante a la nuestra?

¿Quién las ilumina, las dirige, las sostiene para que arda en ellas siempre viva la llama de la caridad, de la abnegación y del sacrificio?

Sólo la Cruz de Jesucristo.

¡Salve, oh, Cruz! nuestra única esperanza, salud y gloria del mundo; aumenta la justicia y la caridad y haz que el perdón encuentre en Tí el pecador.



16.—EL PRESTIGIO DE LA CRUZ

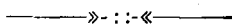
“El prestigio de la cruz debe ser reconocido y sancionado por el Estado. He restablecido el Crucifijo en los tribunales y en las escuelas, y me propongo restablecerlo en el parlamento.

Pero ¿qué es la fe sin las buenas costumbres? Por eso procedo con toda severidad contra los que traten

de pervertir a mi pueblo, pues pervirtiéndolo lo debilitan y disuelven”.

Mussolini

“Si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado” (San Pablo, Corint. I, 22).



“Dichoso el hombre que sufre con paciencia la tribulación, porque después de haber sido probado recibirá la corona de la vida” (Santiago I, 12).

La paciencia es la virtud de los pobres, la **caridad debe ser la virtud de los ricos**; ellos no han recibido más bienes que los otros, sino para socorrer a las necesidades de los que viven en la pobreza y frecuentemente carecen de todo.



17

“No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos a la que está por venir” (Hebreos 13, 14).

¡Para este mundo donde somos más que peregrinos levantamos grandes edificios y para donde hemos de morar eternamente, edificamos tan poco!

El allegar grandes tesoros en esta vida, es por lo menos, una vanidad lastimosa.

El hombre tiene que morir y lo que ha allegado ¿para quién será? Acaso para que lo despilfarre algún advenedizo o persona cuya presencia no pudo soportar en vida.

Por lo regular aquellos que disfrutaban de los bienes del finado, bienes adquiridos con afán y tal vez con injusticia, lo que menos piensan es demostrarse siquiera agradecidos, sino en aprovecharse de la herencia para su regalo; mientras que el que se consumió por allegar los bienes que éstos gozan, llora tal vez en la otra vida la miseria eterna que le aflige.



“Todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida” (S. Juan, E. I, Cap. 2).

El cristiano sabe cuanto mejor y más preciosa fué la muerte del pobre Lázaro entre la miseria y los perros, que la muerte del rico Epulón entre púrpura y brocados. Deben inferir que la muerte por deshonrosa que sea, ningún daño acarrea a aquellos que han sido virtuosos en vida.



“Las penas de esta vida no son dignas de entrar en parangón con la gloria que nos será revelada” (Rom. 8, 18).

“Al que teme al Señor le irá felizmente en sus postrimerías y será bendito en el día de su muerte” (Ecle. I, 13).



“Para unirnos estrechamente al obrero debemos tener presente, que ese vínculo de unión fué proclamado en aquel día solemne en que Jesucristo de rodillas delante de doce pescadores les lavó los pies y les ordenó que lo imitasen en eso”.

Mons. Miguel León Prado



19.—LIBRO DEL EXODO

CAPITULO XX

El Decálogo o Ley de Dios

- I. Amarás a Dios sobre todas las cosas y a El solo servirás.
- II. No jurarás su santo nombre en vano.
- III. Santificarás todos los días de fiesta.

- IV. Honrarás a tu padre y a tu madre para que vivas largos años sobre la tierra.
- V. No matarás, ni a nadie harás daño.
- VI. No fornicarás.
- VII. No robarás.
- VIII. No mentirás, ni levantarás falsos testimonios.
- IX. No desearás la mujer de tu prójimo.
- X. No codiciarás los bienes ajenos.



LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

- 1º Oír Misa entera todos los Domingos y días de fiesta de guardar.
- 2º Confesarse por lo menos una vez al año, cuando hay peligro de muerte o se ha de comulgar.
- 3º Comulgar en Pascua de Resurrección.
- 4º Ayunar cuando lo manda la Santa Iglesia.
- 5º Pagar el dinero del culto y contribuir a mantenerlo como lo establezca la Iglesia.

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos” (San Juan 14, 34).



“Y el fin del mandamiento es la caridad de corazón, puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida” (Iª Timoteo 1, 5).

“Sí quieres entrar en la vida eterna observa los mandamientos” (Nuestro Señor Jesucristo).



**AMA A DIOS Y A TU HERMANO,
ESTA ES LA LEY DEL CRISTIANO.**

PARA DON

.....

FECHA

A. M. D. G.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS
